

HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

ALEXANDER PEARCE,
EL CANÍBAL IRLANDÉS

SEKOTIA
EDITORIAL

Mi expediente favorito

©Humberto Pérez-Tomé Román, 2020
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2020

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
COLECCIÓN MI EXPEDIENTE FAVORITO

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Coria Gráfica
ISBN: 978-84-18414-06-0
Depósito legal: CO-1004-2020

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Índice

<i>Prólogo</i>	7
<i>Introducción</i>	11
I. Condena. Van Diemen. Primera huida	13
II. Sarah Island. Segunda huida. Perdidos.....	25
III. Un lugar inhóspito que siempre maldecirían	47
IV. El camino se alarga y el hambre vuelve	59
V. Otra vez el bosque	75
VI. El viaje sigue siendo difícil.....	93
VII. Solo.....	107
VIII. No es el cielo.....	111
IX. ¡Este hombre se ha vuelto loco!.....	121
X. Tercera fuga de Macquarie Hobart.....	135
XI. Juicio y condena	159
<i>Epílogo</i>	169

Prólogo

En la actualidad la Criminología no solo se estudia. Tampoco es solo un amplio campo de investigación. Hoy la Criminología se consume a través de diferentes ámbitos: series de televisión, cine, medios de comunicación, documentales *true crime*, novela negra, programas de radio, podcast e incluso, cruzando la delgada línea del morbo, visitando lugares donde se han cometido crímenes. Es indudable que esta ciencia social multidisciplinar está de moda, y la sociedad se acerca a ella por interés académico, científico (Neurocriminología), curiosidad, fascinación, o información (periodismo de investigación). La sociedad, a través de la Criminología, trata de encontrar respuestas a algunas de las preguntas que la gran mayoría de nosotros nos hemos hecho en algún momento. ¿Todos somos capaces de matar? ¿Qué convierte a una persona en un asesino o en un asesino múltiple? ¿Influyen las vivencias traumáticas de la infancia en el desarrollo de la mente de un criminal? Todos queremos saber más, porque el crimen nos interesa desde muy diferentes puntos de vista.

Tuve el honor de participar en el programa de radio *Vidas Asesinas*, dirigido por Humberto Pérez-Tomé, autor del libro que tenéis en vuestras manos, magnífica

persona y gran amigo. Durante muchos meses ambos compartimos tiempo, micrófono, llamadas, mails y miles de palabras. El, es el encargado de narrar con una prosa inquietante, la “vida y obra” de hombres, mujeres y niños que han arrebatado la vida a personas inocentes, y en algunos casos de una manera tan atroz y cruel, que va más allá de lo que podemos imaginar. Con su narración, consigue que los oyentes entren en el oscuro mundo de la mente criminal, describiendo quiénes eran y en quiénes se convirtieron.

Sin tener formación desde el punto de vista del crimen, pero si literaria consigue de una manera brillante mantener el interés, el suspense y a veces incluso inspirar temor con sus historias, que son absolutamente verdaderas. Humberto sabe contar cuentos para no dormir, en los que no hay brujas, ni fantasmas. Todas las personas que nombra, son reales, a pesar de que en muchas ocasiones nos gustaría pensar que solo son malvados de ficción. Después de su turbadora narración, teníamos una conversación ahondando en diferentes aspectos de los eventos criminales cometidos por cada uno de los protagonistas.

Cada sábado por la noche, Humberto Pérez-Tomé nos presenta la vida de un asesino, sus crímenes y a veces hasta su falsa redención y han sido mucho los criminólogos que han compartido esas noches con él y con todos vosotros. Es una combinación perfecta. El habla de su infancia, de cómo creció, de que ilusiones y sueños tenía, de a quien amó y odió y que metas consiguió. Después, algunos de los mejores criminólogos de este país, entraban a responder los porqués que

Humberto iba planteando. Conocer la historia de vida de estos hombres y mujeres, nos da la clave para poder responder a muchas de las preguntas que los propios criminólogos nos planteamos, al igual que el resto de la sociedad.

Los datos que aporta siempre son veraces, porque no escribe o cuenta lo primero que encuentra en la red, sino que lleva a cabo un minucioso trabajo de contraste y fuentes. Quiere mostrar de modo cierto lo bueno que en algún momento de su vida tuvo quien años después se convierte en un letal asesino o asesina, si es que tuvo algo bueno.

Es de gran mérito el trabajo que en cada programa hace Humberto: nos muestra la peor cara del ser humano, sin caer en el morbo o en la deformación grotesca de la maldad humana. Y ahora, nos presenta su nueva obra. No dejará a nadie indiferente, porque ha sabido retratar a la perfección una de las prácticas más ancestrales de nuestra especie, que ha llegado a tener matices rituales e incluso culturales: el canibalismo.

PAZ VELASCO DELA FUENTE
Jurista y criminóloga

Introducción

Mi nombre es Philip Conolly, soy un sacerdote irlandés que, como muchos, terminé confinado en la isla de Hobart, situada a 240 km al sureste del continente australiano, separada de esa mala tierra y peor gente por el estrecho de Bass. La isla es enorme y engaña a muchos de los que llegan pensando que se trata de una de las muchas islas que se han cruzado por mar hasta llegar a ella, porque por su orografía no logras saber desde el puerto la prolongación de terreno que se oculta tras las montañas que emergen en la mitad de su extensión. Es una isla insalubre, de clima duro y cambiante según en qué parte te encuentres de ella. Cuentan —los que son más viejos que yo— que antes existían indígenas autóctonos, pero que fueron masacrados y hechos desaparecer, es decir, exterminados durante lo que llaman Guerra Negra, que no es más que el eufemismo de un genocidio a comienzos del siglo XIX, muy al estilo inglés, cuyas mañas de conquista son la de colonizar arrancando de la tierra lo que hay, para plantar lo suyo, como si el universo fuera solo de ellos, olvidándose del buen Dios, de que cuando lo creó y lo puso en esta tierra sería por algo.

Llegué hace años a cumplir prisión por un delito de robo. Fui detenido por robar pan y entregarlo a una fami-

lia más pobre que yo mismo. Me tuvieron esclavizado en los bosques que rodeaban el penal al servicio de la Corona británica y, al concluir mi pena, me retiré a una pradera hundida en un valle suave, rodeada de árboles, donde después de prestar servicios eclesiásticos a los irlandeses católicos, logré que me pagaran con dos ovejas para tener leche, unas viejas herramientas para cavar la tierra y semillas, que me dieron jugosas verduras. También conté con la ayuda de algunos hombres piadosos con las que construí la cabaña en la que he vivido mis últimos quince años, y escribí con empeño y dedicación lo que ahora leen.

El motivo de esta gruesa carta era la de dar a conocer la vida atormentada de Alexander Pearce. Un alma endiablada que, por los mismos motivos de injusticia británica por la que paré yo aquí, también llegó a estas tierras, donde vivió sus últimas penalidades. Su historia es tan dramática y sorprendente, que no dejé de escribir ni una sola coma de lo que me contaba aprovechándome de que él no sabía leer —¡que Dios me perdone!— y, como tomaba nota de aquella confesión y me preguntaba qué hacía yo tan afanado escribiendo, le confundía diciendo que eran cosas de curas viejos, pero que no parase de contarme, porque estaba muy interesado, además de que la soledad de tanto tiempo se veía reconfortada con sus historias y leyendas. Así lo hice, tomé nota hasta el día en que la guardia real lo detuvo en mi casa y se lo llevaron para seguir cumpliendo su condena.

Un tiempo más tarde, hube de interesarme por él y le volví a preguntar; me dio justo detalle de cómo siguió viviendo después... ¡hasta su muerte!

I

Condena Van Diemen Primera huida

Los tres mazazos del juez fueron implacables, como la sentencia. Alexander Pearce lo oyó como si no fuese con él. Una especie de alejamiento psicológico lo mantuvo incólume.

—Le condeno, señor Pearce, a siete años de trabajos forzados en la Tierra de Van Diemen —y golpeó de nuevo sobre la mesa como un punto y final irrefutable.

Alexander Pearce había nacido en 1790, una época de profunda crisis irlandesa. Era un joven espigado de poca estatura, con aspecto tímido y quizá mal encarado. Nació en el condado de Fermanagh, uno de los seis condados que integran Irlanda del Norte. Fermanagh se encontraba sometida por el imperialismo británico, que trataba a los irlandeses como ciudadanos de segunda, carne barata de mano de obra, y que castigaba duramente a los delincuentes con el fin de enviarlos a sus nuevas tierras de expansión, como Australia.

Australia se había convertido en un edén de materias primas que explotaban gracias a los convictos que enviaban allí a trabajar. Los destinaban, sobre todo, a la explotación maderera, la cual se había convertido en materia imprescindible para la construcción de barcos, ya que en aquellos tiempos la flota británica era poderosa, militar y mercantilmente, y conseguir madera en abundancia no era fácil ni barato en Inglaterra o Europa.

Los presos condenados llegaban a la isla o Tierra de Van Diemen, lo que hoy se conoce como Tasmania, un lugar desierto y rico en naturaleza salvaje, con una fauna tan rara como desconocida para los seres humanos. Aquellas tierras eran en sí mismas una prisión sin rejas, porque sabían que, si un preso trataba de escapar, no llegaría muy lejos y tendría asegurada la muerte. Una vez cumplida la condena, los hombres quedaban libres, pero no podían volver a Irlanda o Inglaterra, porque no tenían con qué pagarse el pasaje. De modo que se quedaban como hombres libres trabajando para la sociedad que crecía lentamente, por el derecho de construir una cabaña donde vivir y comercializar pescado y verduras que poco a poco iban cultivando.

Alexander, en su tierra natal, era agricultor pero la pobreza era tan extrema y se pagaban tan poco los frutos que salían de la tierra, que no tenía más remedio que complementar su vida con hurtos más o menos cuantiosos pero siempre de poca monta. Era evidente que el provecho que sacaba de su vida delictiva rendía más que las horas de azadón y el esfuerzo en tierras duras, casi estériles. Poco a poco, fue cambiando de profesión y terminó traficando con mercancías en un

circuito alternativo de productos que se compraban a bajo precio, pero que siempre suponían espléndidas ganancias, ya que no existía ningún coste de producción al provenir del robo.

Sorteó la suerte día a día y mes a mes, pero en 1819 le cogieron con un alijo de seis pares de zapatos que habían sido denunciados por un empresario inglés. Puesto en manos de los alguaciles, el juicio fue casi inmediato. Así, el sistema judicial se puso en marcha una vez más: el Imperio necesitaba obra de mano para las tierras de ultramar, y los magistrados se dedicaban a proveer de hombres y mujeres a la Corona.

Subieron, encadenados al barco, una fila de hombres de todas las edades. Los rumores de qué sucedería al llegar a su destino eran claros: morir allí, y, si tenías suerte, lo harías de viejo. La mayoría de ellos fallecían por fiebres y enfermedades que contraían debido a la insalubridad del ambiente; eran condiciones duras y extremas.

Pasarían semanas, posiblemente meses antes de llegar. La travesía la pasaban en la bodega, y en días alternativos salían a cubierta para que, a base de cubos de agua helada de alta mar, se lavaran como medida de higiene. Se les cortaba el pelo rasurándoles y, en el primer día, si alguno protestaba, se lo azotaba públicamente como medida ejemplarizante hasta caer subyugado. La ración diaria consistía en dos comidas y una cantidad fija de agua por hombre. Las húmedas bodegas eran oscuras. Dentro de aquel lugar hacían sus propias necesidades en una cubeta común que todos los días, desde la borda, vaciaba alguno de los presos.

Alexander Pearce sabía que su robo no merecía tal castigo; solo era la consecuencia de la invasión de Gran Bretaña, un país tirano que explotaba al enemigo con herramientas tan injustas como las leyes con que les juzgaban por el simple hecho de ser irlandeses. Callaba y se carcomía por dentro. Escaparía pronto, y lo haría si pudiera en ese momento, a sabiendas de que moriría ahogado. Pero los barrotes que le permitían ver el exterior solo le ofrecían un paisaje de agua oscura y agitada por el tajamar de la embarcación que cortaba el océano.

Al llegar a tierra, no había un lugar específico donde estar; la propia isla hacía de penal. Todos los días se contabilizaba a los presos, y por la noche se los encadenaban en una línea continua para que ninguno pudiera huir sin tirar de los demás. A la mañana siguiente, los capataces, exconvictos que vivían de controlar y martirizar a los presos, los llevaban a los puntos de trabajo. Unos cortaban árboles, otros los acarreaban y otros los limpiaban de las ramas inútiles. La comida llegaba de manos de mujeres presas a las que llevaban hasta el campo de trabajo en carros. Solo tenían tres cuartos de hora para comer y descansar, y luego seguían su tarea hasta el anochecer, cuando volvían a comer algo hasta al día siguiente.

Mientras Pearce trabajaba, su cabeza era como un molinillo de café que giraba y giraba. Recordaba su tierra, en el condado de Monaghan, y a menudo su infancia. No sabía por qué volvía una y otra vez con la imaginación a su comarca y a su niñez, trabajando con su padre en un campo de patatas que no producía patatas. Acarreando la leña en brazos desde que tenía seis años, porque nunca tuvieron un animal que lo hiciera por

ellos. Pronto, en la pubertad, pensó que no debería perder las oportunidades de comer algo robado o venderlo, para sacar unos chelines con lo que comprar y llevar té o pan a su casa. En dos ocasiones mataron al perro para comer carne. Su familia no hablaba, ni reía. Solo transitaban en silencio, respiraban y suspiraban a menudo, porque la vida les pesaba más que los fardos que transportaban sobre sus lomos. Sí, era cierto que en más de una ocasión había sido sorprendido en sus hurtos y que los polis lo tenían fichado. Hasta en aquella ocasión que robara los pares de zapatos por los que le condenaron a aquel lugar infecto, lleno de alimañas desconocidas, serpientes, mosquitos, barro y humedad todo el año.

Alexander no hizo amigos. Tenía un plan para huir de allí. No importaba si moría en el intento, lo haría como fuera. En su cabeza, día a día, se tejía la idea para la cual requería de algunas herramientas y útiles, y, si era posible, algo de dinero. Rapiñaba cualquier cosa que pensaba que podría valerle de algo: clavos, un cuchillo, cuerda, etcétera. Escamoteos que los propietarios denunciaron, pero, por supuesto, nadie decía nada. Entre ellos comenzaron las miradas acusadoras, las sospechas de los que habían llegado como ladrones o los que por sus actitudes hacían desconfiar. Alexander estaba en el punto de mira por ladrón, pero, como apenas hablaba, y su actitud era más bien retraída, no decían nada abiertamente contra él.

Bajo la camisola se enfajó y escondió su equipo de fuga. La ropa era vieja y holgada. Bajo ella cabría, sin llamar la atención, una caja de herramientas. Al llegar a la zona pantanosa donde cortaban los árboles destinados a

la marina inglesa, se deslizó entre los arbustos hasta desaparecer dirigiéndose a una zona sombría de un bosque nada amistoso, por donde el sol apenas se colaba debido a la densidad del lugar. Una rampa escarpada y empinada le llevó hasta el fondo de un valle por donde un río estrecho pero caudaloso se abría paso entre rocas y zarzas que le mortificaban. Su calzado era todo menos eso, calzado. Unas alpargatas sujetas con cuerdas viejas que no le protegían. Tanto si pisaba rocas como tierra, las plantas de los pies se le ajaban y comenzaron a sangrar. El dolor era grande, pero su ansia por huir a ninguna parte era como una especie de narcótico que le hacía olvidarse del daño y seguir.

Pensó que solo habría una salida posible hacia abajo. Estaba harto de mirar a la cima de aquella montaña y ver que no había ningún lugar habitable. Solo, si había suerte, aguas abajo de aquel riachuelo encontraría vida humana.

Ante la falta de Alexander Pearce, en la cabaña de jefes se dio la alarma inmediatamente. Los capataces no le dieron importancia. Sabían que, fuera del lugar donde trabajaban, había una más que dudosa posibilidad de huida o de salir con vida. Pero los jefes estaban humillados y, sobre todo, sabían que los colonos libres de Van Diemen's Land se les echarían encima. Ya estaban bastante inquietos con los que cumplían condena y se quedaban a vivir en la isla, como para que entre sí se protegiesen y los fugados dieran rienda suelta a sus trifulcas y pillerías para sobrevivir. Los vigilantes los desprecuparon. No sobreviviría en aquel valle inhóspito rodeado de nada excepto árboles y malas hierbas.

El Hobart Town Gazzete, un periódico local, había declarado prófugo a Alexander Pearce como un preso peligroso, ladrón violento, y ofrecían diez libras de recompensa para quien diera razón de él y la posibilidad de capturarlo vivo o muerto.

—De todas formas —dijo uno de los jefes, propietario de una de las fincas donde explotaban a los presos en trabajos forzados—, estad atentos.

Los capataces pusieron gesto de fastidio. Preferían que no volviese aquel tipo callado que daba problemas de convivencia, porque todos pensaban que era quien hacía desaparecer los objetos que faltaban. Era un problema más que una solución tenerle otra vez en el campo de trabajo.

Habían pasado ya cuatro días desde que Pearce hubiera desaparecido. Las apuestas entre presos y capataces subían sobre la improbable vida de Alexander. Pero el indomable preso seguía valle abajo con los pies destrozados, inflamados por las heridas que no cerraban y algunas supurando por los forúnculos infectados. No había comido nada desde el desayuno del día que huyó. Dormía cuando el cuerpo no podía más. Lo desmayos por el hambre y los dolores cada vez eran más frecuentes. Fue en un momento en que se estaba despidiendo de la vida, hablando entre delirios con su madre y pidiéndole perdón, cuando una serpiente oscura como un látigo se deslizó sobre sus piernas. No sabía si era venenosa o no, pero el siseo y su lengua bífida sacudiéndola al aire no le dieron ninguna confianza. Una luz le dijo que la atrapara por el cuello, justo por debajo de la cabeza negra y la matara de un mordisco. No supo

de dónde salía aquel ramalazo. Su mano fue como un rayo. Cuando tomó al reptil, se puso duro como un palo. El instinto animal que proporciona vida frente la muerte. Mordió a la serpiente hasta que, poco a poco, su cuerpo comenzó a ablandarse. Tiró de su piel con los dientes hasta despellejarla y comió la carne cruda. Una carne blanquecina que le recordó el sabor del pescado.

Cuando su cuerpo había recibido las proteínas que le proporcionara aquella comida casual, decidió que todos los días buscaría algo que comer: otra culebra, un anfibio o insectos. Solo así llegaría más lejos, tan lejos como le fuera posible para comenzar una vida nueva. Sacó de su fajín unos clavos viejos que había robado en el campamento y unos trozos de cuerda. Cogió un palo que le sugirió que sería un buen bastón, ató en uno de los extremos la cuerda, enrollándola para evita que se ajara y atravesó los clavos de lado a lado para hacerse una porra mortal.

La esperanza de encontrar algo más de comer se truncó con la visión del mar. A la salida de aquella selva, se abrió bajo sus pies la arena blanca y en el horizonte el azul grisáceo del mar. Apenas podía andar. Los dolores le contusionaban hasta las rodillas y se dejó caer al suelo. Bebió del agua fresca del río. Se mojó la cara, y el agua se enredaba por la barba sucia. El frescor del agua le consoló físicamente, pero ahora ya no sabía qué hacer. Adónde ir sin comida, sin poder andar... Y pensando, allí tumbado como un muerto, fue perdiendo la consciencia, hasta que el mundo desapareció.

Al volver en sí, todavía con los ojos cerrados, percibió algo de presencia de vida cerca de él. Se palpó a sí

mismo, solo con un leve movimiento de los dedos para constatar que era él mismo y que estaba vivo. Alguien le sujetó la cabeza y le hizo beber algo caliente. Al entreabrir los ojos, descubrió un viejo de tez morena y marchitada, como la corteza de un árbol. Para Pearce, por su condición de católico, le hizo fabular que estaba ya con san Pedro. Bebió despacio. Notaba que le hacía bien. Luego, aquel viejo desapareció de nuevo de su vista, pero no del oído.

—Muchacho, te ha faltado poco para morir.

Alexander masticó saliva. No podía hablar. Se miró las manos y luego alzó la mirada hasta verse los pies. Estaban vendados, no los sentía.

—¿Vienes del campamento de Van Diemen? —le preguntó el viejo.

Pearce gruñó. Pareció decir que sí.

—Te habrán dado por muerto... Llevas dos días ahí tumbado. No podrás andar en días, apenas te quedaba carne en los pies.

Volvió a quedarse dormido.

Pasó no sabía cuánto tiempo desde la conversación celestial con san Pedro. Se frotó la cara y los ojos. Miró hacia la techumbre de una cabaña ruda que le cubría de un sol implacable. No había nadie, sólo él. Comprobó sus pies para constatar que aquello no había sido un sueño, y los vio vendados, tal y como los recordaba. Trató de ponerse en pie, pero un fuerte dolor le recorrió las piernas hasta hacerle caer. Desde el suelo se reincorporó de nuevo y se apoyó en un palo. Llegó hasta la puerta y, por primera vez, oyó el batir de las olas. El mar estaba ahí y podía convertirse en una puerta

de salida, de escape. El sonido le pareció música para los oídos. Tiró de la puerta, que estaba ligeramente atorada, y, al abrir una rendija, entró una ráfaga de brisa fresca. Notó cómo su pelo macilento se movía suave en la frente. Cerró los ojos y respiró. Tenía veinticuatro años y no recordaba un momento tan feliz ni esperanzador en su vida, en la profundidad de la memoria, rodeada de sombras y oscuridades. Tiró con fuerza de la puerta para abrirla del todo y salir de la cabaña al fognazo de luz. Su visión empezó a acostumbrarse; a unos metros había sombras oscuras y las escudriñó. Figuras humanas, sentadas sobre la arena, le miraban. La vista se aclaraba hasta que se definió del todo. Tras los hombres había caballos, y los hombres comían de algo que cortaban con sus cuchillos de caza.

—¡Señor Alexander Pearce! —uno de los capataces le nombró con sorna.

Todo parecía que se había acabado. Los demás rieron, y un caballo coceó la arena blanca. Dio un tortuoso paso más hacia delante, como si quisiera asegurarse de que aquello no estaba pasando. En ese momento recibió un duro golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo como un tronco sin vida, de los que él acarrea en los bosques.

Al despertar, lo hizo súbitamente, cuando le dejaron caer del caballo sobre cuya grupa lo llevaban, como si fuese un fardo. Dio un paso adelante hacia el jefe del campamento, rodeado de hombres. El responsable le miró despacio, desde la cabeza hasta los pies. Al ver sus pies vendados, preguntó con la mirada al capataz mayor.

—Los tiene descarnados. El pescador trató de cuidarle durante estos días.

—¿Le habéis dado su recompensa?

El capataz afirmó con la cabeza.

El jefe se daba ligeramente con la fusta en las perneras del pantalón, mientras rodeaba a Alexander. Escupió a un lado y le dio una patada en uno de los pies. Pearce se revolcó de dolor ahogando un grito que pretendía ser un insulto. El jefe siguió mirándole con gravedad. Pensaba qué hacer con él, si dejarle morir en algún lugar del bosque o juzgarle para estirar su pena.

—Llevadlo a la enfermería —dijo sin mirarle.